

LA ALISA
GANIEVA
MONTANA
FESTIVA



T

Titulo original:

Prázdnichnaia gorá

© Alisa Ganièva

© Suhrkamp Berlin Verlag, 2014

Todos los derechos reservados y controlados a través de
Suhrkamp Berlin Verlag



Published with the support of the Institute for Literary Trans-
lation (Russia)

Publicado con el apoyo del Instituto para la Traducción Li-
teraria (Rusia)

De esta edición:

© Turner Publicaciones S.L., 2015

Rafael Calvo, 42

28010 Madrid

www.turnerlibros.com

Diseño de cubierta:

Estudi Miquel Puig

Ilustración de cubierta:

Carla Besora

Maquetación:

David Anglès

Primera edición: octubre de 2015

ISBN: 978-84-16354-23-8

La editorial agradece todos los comentarios y observaciones:

turner@turnerlibros.com

Reservados todos los derechos en lengua castellana. No está permitida la reproducción total ni parcial de esta obra, ni su tratamiento o transmisión por ningún medio o método sin la autorización por escrito de la editorial.

Índice

Prólogo

Primera Parte

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Segunda Parte

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Tercera Parte

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Cuarta Parte

Capítulo 1

Capítulo 2

Epílogo

Glosario

Prólogo

–¡Anvar! ¡Trae el sacacorchos! –gritó Yusup de buen humor, apremiándolo con un gesto.

Anvar corrió a la cocina y al instante quedó envuelto en una nube de polvo blanco. Junto a la mesa, Zumrud se pasaba de una mano a otra el colador con el que tamizaba la harina mientras charlaba muy animada:

–¿Puedes creértelo, Gulia? La conozco desde que íbamos a la escuela, hace veinte años por lo menos, y era tan sarcástica, ya sabes, de lengua afilada... Hará unos diez años, a su marido le dio por la religión. Y ella, que no quería cambiar de vida, se divorció. Pues bien, el otro día voy y me la encuentro y me dice que ha hecho el hach.¹ Me quedé boquiabierta, no podía creérmelo. «¿Con quién fuiste?», le pregunté. «Pues con mi marido», me dijo, «con mi ex».

–¡Ama-a-an! –exclamó la gorda Gulia con su blusa tornasolada, acomodándose en la silla.

–Ahora recita las oraciones, cumple el ayuno en ramadán. Yo, en broma, le di este consejo: «Pues vuelve a casarte con él, ya que hacéis tan buenas migas». Pero parece que él ya tiene otra mujer e hijos, aunque esta vez bien podría ser ella la segunda, ¿no te parece?

–*Wai*, en frente de nosotros vive una de esas segundas mujeres –dijo Gulia, acompañando sus palabras con un gesto de desdén-. O quizá sea la cuarta. Es una rusa convertida al islam que va tapada de la cabeza a los pies. Su marido es un pez gordo de una cementera. Va a verla todos

los viernes, con escolta, ¿te lo puedes creer? Por la mañana sales a sacar la basura o a hacer la compra, abres la puerta y... allí mismo, en la escalera, te encuentras a un gorila que monta guardia y se sobresalta ante el menor ruido. Después aparece el otro, es decir, el marido. Aunque yo nunca lo he visto en persona... Pero está clarísimo cuándo viene, pues antes ella se pone a sacar brillo por todo el portal con un paño.

–¡Anvar, el sacacorchos está en el otro cajón! –la interrumpió Zumrud, que ya había empezado a trabajar la masa–. Sí, Gulia, para serte sincera, a mí las que se tapan no me gustan ni un pelo.

–¿Sabes? Me da tanto miedo que mi Patia acabe cubriéndose con el velo... –se lamentó Gulia en voz baja, alisándose la falda brillante–. Le pidió matrimonio un pariente lejano nuestro, un tipo extraño. No dejaba de darle instrucciones sobre cómo debía comportarse. Un día que llovía, Patia, que guardaba el ramadán, se presentó en casa deshecha en lágrimas. «Me ha entrado agua en las orejas», me dijo, «ahora el ayuno está roto». Me puse hecha una furia... «Déjate de ayunos», le solté. «Si un día te veo con el hi-yab», le dije, «¡prepárate!».

–Me pregunto... ¿de dónde habrá salido esa moda? –observó Gulia encogiéndose de hombros.

Anvar encontró el sacacorchos y corrió al comedor. Allí contaban chistes y se reían a carcajadas.

–¿Sabes qué hace un ávaro si sueña que le dan una paliza? Al día siguiente se lleva a toda su pandilla a la cama, para darles una buena tunda a los que le zurraron la noche anterior –contaba Kerim con las gafas caladas en la nariz, mientras le tendía una copa enorme al muy narigudo Yusup.

Después de servir el vino, un *kagor* de Kizliar, todos brindaron: el alto Yusup, el calvo Kerim, el fornido Maga y el enjuto Anvar.

–¿Y tú no bebes, Dibir? –preguntó Yusup a un hombre enfurruñado y con el dedo vendado que hasta ese momento apenas había intervenido en la conversación.

El otro negó con la cabeza:

–Es *haram*.

–Emborracharse es *haram*, estoy de acuerdo, pero el *kagor* es un poema. Mira qué aroma, mira qué sabor. ¡Es pura medicina, este vino! De niño mi madre me daba un poco de *buzá*. Va bien para el corazón, me decía.

Pareció que Dibir iba a objetar algo, pero al final, fiel a su costumbre, no dijo nada. Contemplaba absorto la mesa de al lado, en la que reposaba una estatuilla de metal: una cabra bezoar.

–Me acuerdo... –empezó a decir Kerim, masticando ruidosamente y ajustándose sin cesar las gafas sobre la nariz– de cuando íbamos a vendimiar en la época soviética. Cuando acababa la jornada, le dábamos la vuelta al cubo y lo tocábamos como si fuera un tambor. Bailábamos la *lezguinka*. Entonces Usmán todavía estudiaba con nosotros, aún no lo habían expulsado. Bebía más que nadie y luego, cuando ya iba entonado, se ponía a pedir limosna: ¿no tendrás un rublo?

–¿Qué Usmán?

–¿Cómo que «qué Usmán»? –lo imitó Kerim, sin dejar de mover el tenedor para pinchar comida–. El mismo que ahora se ha vuelto santo, el jeque Usmán. Cuando lo echaron de la universidad, primero estuvo mucho tiempo trabajando de soldador, luego se puso a vender una especie de gorros. Y ahora hay quien acude a él a pedirle baraca, la bendición.

–¡*Waj!* –exclamó Yusup, sorprendido.

–«*Waj*», dijo Lenin, y todos pensaron que era *dag*² –se entrometió Kerim.

Dibir levantó su cara cuadrada y se rebulló inquieto en la silla.

–¿No serás ateo, Kerim? –preguntó después de aclararse la voz con un carraspeo.

Kerim dejó el tenedor y alzó las manos al cielo:

–¡Ya está, cambiemos de tema! ¡Por cierto, yo le daba el rublo al jeque!

Anvar se echó a reír.

–¿Sabes?, hermano, estás poseído por el mismísimo *iblis*, por el demonio, como esos descarriados que habitan en el bosque. Vivís sometidos al *vasvás*, a la tentación del maligno. ¿Y qué ejemplo les das a éstos? –musitó Dibir, severo, inclinando la cabeza en dirección a Anvar y Maga.

–¿Qué ejemplo? –dijo Kerim juntando las manos, a modo de súplica–. Yo trabajo, mientras vosotros rezáis.

–¡Zumrud! –gritó entonces Yusup, presintiendo la discusión que se avecinaba–. ¡Trae el *chudú*!

De la cocina llegó un gran estruendo. Dibir no le quitaba el ojo de encima a Kerim, que seguía devorando berenjenas como si nada. Luego Dibir musitó la *basimala* y también él se sirvió verduras en el plato. Entraron las mujeres con dos bandejas humeantes.

–Salgamos, vamos a hacer un poco de ejercicio –le susurró Maga al oído a Anvar y se puso a hacer rotaciones de hombros.

–Volved antes de que se enfríe la comida –les pidió Zumrud, al verlos ya en la puerta.

El pequeño patio interior estaba sumergido en la oscuridad. Más allá de las puertas no se oía nada, ni los gritos de los niños en la calle, ni la música habitual, ni tampoco los efusivos apretones de manos de quienes se encontraban por la tarde.

–Qué tranquilo está hoy todo –observó Anvar, mientras saltaba a la barra fija y hacía flexiones con sus largos brazos.

–¿Sabes hacer balanceos con paradas? –preguntó Maga.

–Pues claro, y también giros hacia adelante y hacia atrás –respondió con brío Anvar, que empezó a impulsar las piernas de un lado a otro, haciendo los calentamientos previos para el ejercicio.

Maga observaba sus piruetas sonriendo burlón.

–Eh, tú no tienes clase. Déjame a mí.

–Aún no he acabado –respondió Anvar, colgado de un solo brazo.

–¡Eh, hermano, aprieta el puño! –le gritó Maga.

–Está bien –obedeció Anvar, apretando el puño de la mano libre.

–Y ahora aprieta así también el agujero del culo, *le*.

Entre risas, Maga echó a Anvar de la barra y luego preguntó:

–¿Quién es ese Dibir?

–Un conocido de la familia.

–Es sufí, ¿verdad? Esos sufíes lo único que saben hacer es poner en boca del profeta su *chalanda*, sus disparates –dijo Maga y, después de hacer varias flexiones rápidas, saltó al suelo–. Una vez Bashir, un tipo de nuestra aldea, me llevó hasta una piedra. Es un espíritu maligno, un *azhdaja*, me dijo.

–¿Qué?

–¡Escucha! Éste es el cuento que contaba un *ustas*. Érase una vez un pastor que guardaba las ovejas de otro, y un *azdajha* empezó a robarle los carneros. Lo hizo una vez, y otra... Pero el pastor le plantó cara. Eh, le dijo, devuélveme los carneros, si no la gente creerá que los he robado yo. Pero el *azhdaja*, ni caso. Entonces el pastor cogió un arco y le disparó una flecha con tanto ímpetu que le traspasó el cuerpo. Y entonces le pidió a Dios que transformara al *azhdaja* en piedra.

–¿Y qué? ¿Así que la piedra es ese *azhdaja*? ¿Se parece un poco, al menos? –preguntó Anvar, volviéndose a subir de un salto a la barra y colgándose boca abajo.

–En la roca hay un agujero que la atraviesa de punta a punta. Pero no, no se le parece en nada. Bashir está convencido de que ese agujero es el de la flecha. Además, dice que la cabeza se desprendió tiempo después.

–¿Qué pasa? ¿Es que el tal Bashir nunca ha visto piedras en las montañas? –preguntó Anvar sin reprimir una risotada, suspendido aún boca abajo.

–En nuestra aldea hay pocas, el terreno es llano. Le dije: eso es *bida*, Bashir, te inventas las cosas. Y empezó a llamarme *vaj*. ¡Para estos sufíes todos los que no creen en ellos son *vaj*!

Se oyó que en la casa afinaban un *pandur*. Maga sacó el móvil y se sentó en cuclillas.

–Ahora llamaré a una *marchella*.³

Anvar levantó al cielo su cara ligeramente cubierta de espinillas. Una luna menguante brillaba tenue, inmóvil, arrancando a duras penas de la oscuridad la buhardilla en construcción, la farola apagada que sobresalía de la pared y las cuerdas para tender la ropa. De repente, por encima de las cuerdas, se agitó asustado un murciélago. Anvar se contorsionó en un vano intento de ver hacia dónde volaba. Entretanto en la casa se habían intensificado las notas del *pandur*, que se derramaban fundidas en una melodía popular cadenciosa que casaba inexplicablemente bien con esa tarde. «Es curioso –pensó Anvar–. Para mí, que estoy fuera de la casa, es evidente el vínculo entre la noche y la música, pero para el que toca o come ahora dentro, no.»

–¿Has oído hablar de Rojel-Meer? Es un pueblo encantado. ¡Una montaña festiva! Unas veces se ve y otras no. Dicen que... Hola, ¿qué haces? –Maga se interrumpió y sonrió satisfecho al móvil, dándole la espalda a Anvar–. ¿Por qué no puedes? ¡Habla normal, joder! Va, llama a un par de amigas y vente. ¿Qué pasa?... Lo sé todo sobre ti, no te hagas la estrecha. Voy, no voy, no lo sé, no me ha invitado... Menuda eres. ¿Te haces la lista? ¡Conmigo no te hace falta!

Anvar entró en la casa. Al lado de la mesa se erguía Yusup, que entonaba una canción popular a la vez que pellizcaba las dos cuerdas de nailon del pandur. Kerim acompañaba su canto con muecas y exclamaciones: «¡Ay!», «¡Uy!», «¡Hombre!» y otras cosas por el estilo. Gulia estaba recostada en el sofá, con las mejillas encendidas. Dibir, absorto en sus pensamientos, se miraba el dedo vendado. Sin hacer apenas ruido, Zumrud chasqueaba sus dedos finos, de los que se desprendía polvo de harina, y con los ojos entrecerrados se dejaba llevar por el flujo de la melodía.

Zumrud se veía a sí misma de niña, en la casa de montaña de su bisabuela, una mujer muy anciana que vestía una especie de túnica holgada, ligeramente remetida por los lados en unos bombachos. Debajo del *chojtó* de la bisabuela, que cada día le caía a lo largo de la espalda, se escondía una nuca lisa y afeitada que la vejez había liberado de la carga de las larguísimas trenzas, soportada durante largos años. No había día que la bisabuela no subiera a las montañas a cuidar su pobre parcela rocosa para luego regresar encorvada bajo una gavilla de heno, con las herramientas del campo manchadas de tierra.

Cuando en la aldea se celebraba alguna boda, la bisabuela se sentaba en un tejado liso al lado de otras viejas y, con Zumrud en los brazos, contemplaba a los bailarines y escuchaba las bromas del maestro de ceremonias. Con su negra vestimenta las viejas parecían unas monjas, pero no había en ellas ni gota de mansedumbre. Inhalaban e incluso fumaban tabaco, improvisaban coplas de letra mordaz y por la tarde hacían la ronda de visitas por las casas, con los nietos cargados a la espalda como si fueran gavillas de heno o cántaros de agua.

A Zumrud le pareció volver a ver la casa de los vecinos, la galería espaciosa cubierta con un tapiz de lana. Y una vieja corpulenta y de voz potente mecía una cuna de madera hecha a mano; dentro había un recién nacido con los

pies y las manos atados. Recordó que entonces había palpado el colchoncito infantil: tenía un agujerito en un punto preciso, dentro crujían hierbas aromáticas y en el cabezal había un cuchillo escondido.

La canción se fue apagando y todos aplaudieron.

–¿De qué trata, Yusup? –preguntó Gulia, que no entendía el ávaro.

–De la toma de Ajulgó. Del asalto de los rusos a la principal fortaleza del imam Shamil. Te la traduciré un poco por encima... Dice que los múridas repelieron durante semanas los ataques de los rusos en las rocas inexpugnables de Ajulgó, pero los enemigos y los cañones eran demasiado numerosos. Las mujeres de las montañas se vistieron con unas *cherkeskas* masculinas y combatieron en iguales condiciones que los hombres. Las madres mataban a sus hijos y saltaban al precipicio para no caer en manos de los rusos. Los niños también tiraban piedras contra el enemigo, pero la fortaleza fue conquistada... Aun así, el valeroso Shamil no cayó en manos de los *káfires*, de los infieles, aunque sí capturaron a su querido hijo. Más o menos dice eso, la canción.

–Entonces la gente aún tenía fe, no como hoy –comentó Dibir.

–¡Cómo me gustaban nuestros viejos cantantes! –dijo Zumrud, colocándose detrás de las orejas algunos mechones desordenados–. Ahora, ya lo veis, solo hay música pop y todas las melodías son iguales.

–A mí me gusta Sabina Gadzhíeva –objetó Gulia.

Zumrud hizo un gesto de desdén con la mano:

–Oh, no soy capaz de distinguirlas, a esas Sabinas-Malvinas... Antes sí que cantaban con su propia voz, y también escribían la letra de la música. Ahora eso ya no se lleva.

–¡Hay que ver, nunca estás contenta con nada, Zumrud! –la regañó Gulia con una sonrisa–. ¿Cómo te las arreglas para vivir con ella, Yusup?

Yusup se echó a reír.

–Bueno, ¿y qué voy a hacer? ¿Encerrarla en casa? No es una mujer que se deje.

–No es necesario encerrar a nadie –sentenció Dibir–. No se espera de las mujeres que mantengan a la familia, así lo dispuso Dios. Por tanto, ellas mismas deberían entrar en razón y ocuparse únicamente de las tareas domésticas.

–Dibir, resérvate los sermones para tu mujer –replicó Zumrud, mitad en broma, mitad en serio–. Ya estoy harta de predicadores. Vas por la calle y te meten las octavillas en la mano, te subes a un minibús y te endosan sus periódicos.

–¿Qué periódicos?

–Los vuestros, los islámicos –se entrometió Kerim–. ¿Queréis que os diga la verdad? A mí también me tienen harto esos repartidores. No dejan a la gente en paz, eso es lo peor. Una vez estábamos sentados en un local, escuchando un poco de música, sin más. Aparece uno todo vestido de blanco, con una *tubeteika* verde y empuñando un paquete de periódicos. Rustam le dice de buenas maneras que no nos moleste. Pues bien, el tipo se va. Pero no pasa ni una hora, y ahí está de nuevo. Seguro que ni se acordaba de que ya había estado allí.

–¡Deberías haber cogido el periódico y habértelo leído! Habrías aprendido muchas cosas de provecho –respondió Dibir.

Kerim soltó una risa.

–De lo que realmente sacaría provecho sería de hacer un poco de deporte, que, por cierto, hace tiempo que no practico. No necesito saber a qué hora toca la *salat*. Eso, para mí, es *japur-chapur*. Sandeces que solo algunos entienden y ya está.

–Tú siempre estás bromeando, pero el día del Juicio Final se te quitarán las ganas, ya verás –replicó Dibir–. Te consideras un tipo culto, pero no basta con estudiar ciencias exactas, hay que conocer también las ciencias secretas.